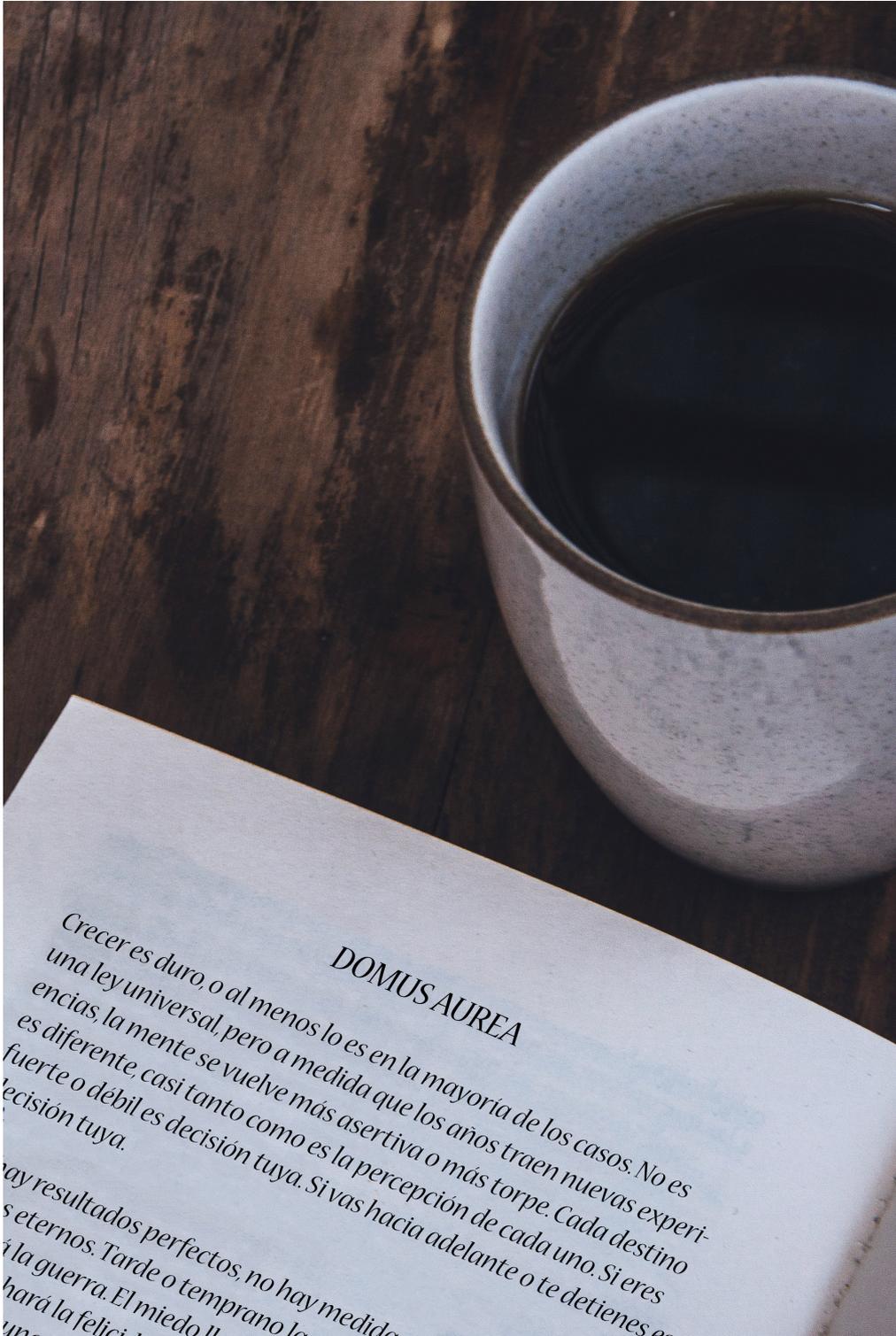


Domus Aurea, Volumen 1: Melancolía Fugitiva

Randy Montejo



Capítulo 1

CAPÍTULO 1

RESACA

UNO

Abrí los ojos, había calor. La luz del mediodía apenas pasaba entre las gruesas cortinas del ventanal que estaba frente a mí, me molestaba. Vi hacia el techo, el techo de la habitación blanca donde comenzó todo, donde no había más que un closet y la cama donde desperté.

Me dolía la cabeza, sentía como si muchas agujas se incrustaran en mi cerebro en el momento en que intentaba hacer cualquier cosa. "Maldita sea, lo hice otra vez", reproché por la resaca, reconociendo mi inconsciencia de la noche anterior y el resultado de esta.

No estaba solo. Ella dormía aún, acomodada en mi pecho bajo el abrigo de mi brazo zurdo. Su piel blanca como la nieve se sentía extrañamente cálida y se abrazaba a mí, tan cómoda que incluso me hizo sentir querido. De la noche anterior no recordaba mayor cosa, pero sí sabía dónde estaba.

Noté sus largos y lisos mechones claros, desordenados sobre mi pecho. Sentí su delgada mano zurda, sosteniendo mi cintura con cierto apego. Su pecho modesto pegado a mis costillas, su soberbia cadera acomodada sobre la mía, nuestras piernas enredadas entre las sábanas que apenas cubrían lo poco que teníamos para ocultar.

Agradecí la existencia de esa mujer, la agradecí con toda mi alma. El pecado era obvio y otra vez fui yo quien dio el primer paso hacia un arrepentimiento seguro. Pero sin importar cuán malo fuera lo que sucedió la noche anterior, si amanecí abrazado a ella, abrazado a María Campbell, ya no había de qué preocuparse.

Ella era un salvavidas, una zona segura donde me sentía acogido y "querido". La mujer más hermosa que había visto en la vida y tal vez la más estúpida por aferrarse a mí de la manera en que lo hacía. Fuera como fuera, en el momento pensé que esa situación sería un inciso más en la larga lista de situaciones de las que salí bien librado gracias a María, pero era mucho más.

No éramos una pareja y ella no me consideraba su amigo, pero estuvo ahí cada vez que necesité su ayuda, incluso estuvo ahí cuando nada

necesitaba. A veces de mala gana, a veces con todo el amor del mundo.

—Ah —suspiré, adolorido por la resaca, para luego decir en voz baja—: no te merezco.

Sentí que su mano apretó mi cintura, así como su pierna se enredó más entre la mía.

—Claro que no, imbécil —respondió, notándose la pereza en su voz y también su fastidio.

Su agarre perdió fuerza, empezó a desprenderse de mí. Se hizo a un lado y quedó bocarriba, muy cerca de la orilla de la cama. Levantó las manos hacia arriba y gruñó ligeramente al estirar sus articulaciones. Se levantó de un solo tirón, dándome la espalda, y, cruzando las piernas, se sentó sobre el colchón.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó.

Sus hermosos ojos de miel me deseaban la muerte. Sus manos pequeñas invadían con delicadeza el centro de mi cintura. Tanto había pasado hasta el momento, que ya no me importaba cuál de sus intenciones era más fuerte.

—¿Qué te pareció? —preguntó, aparentemente fastidiada—. ¿Estuvo bien?

—Siempre está bien si es contigo —respondí al instante.

Con descaro tomó mi virilidad en su mano en el momento en que esta reafirmó mi respuesta. Ella sonrió con soberbia y agitó la diestra de arriba a abajo. Su mirada se encendió y mi jaqueca empezó a amortiguarse.

—¿Sabes algo, Edward? —giró la mirada hacia el ventanal—. Detesto con mi vida que no pueda decirte "no", a nada. Te detesto, porque sé que no podrías dejar de acostarte conmigo y me detesto más a mí, porque yo tampoco quiero dejar de hacerlo. Me tienes a tu merced, imbécil.

Tomé fuerzas, quien sabe de dónde, y me levanté. Busqué su boca con la mía, mientras mi mano bajaba descaradamente por su vientre, sin titubear. El error se repitió otra vez, una y otra vez.

DOS

Las luces doradas del atardecer podían verse entre las cortinas cuando desperté por segunda vez. Estaba exhausto, sediento y solo. Me levanté entre las sábanas desordenadas y empecé a buscar mi ropa. Me senté en la orilla de la cama, frente al closet cerrado. A mi izquierda, el ventanal; a mi derecha, la puerta que daba hacia el pasillo.

Escuché el agua cayendo en la ducha, la puerta del baño estaba frente a la de la habitación y estaba abierta. Caminé descalzo hacia ahí y la vi de espaldas. Recordé la primera vez que la vi desnuda e incluso me sentí melancólico. Ese pequeño estaba a mi merced, a juicio de ella, y yo amaba ese hecho.

Pero había algo en medio, algo que yo no quería aceptar, algo ya conocía bien. Sabía que ella era algo más que solo esa piel blanca, perfecta e impoluta. Sabía que ella era mucho más que esa hermosa figura, esa perfecta figura. Era María, mi María, y no quería que nadie más la tuviera, no quería que nadie más la quisiera, que nadie más la amara. Su felicidad, su apetito, su dolor, absolutamente todo, lo quería para mí.

Me di la vuelta y volví a la habitación. Me tomó unos minutos encontrar mis zapatos, pero lo hice finalmente. Caminé por el pasillo, tambaleándome un poco por la resaca, en dirección a la puerta, cuando sentí un leve empujón por la espalda. Sus brazos se aferraron a mi cintura y sus pechos se acomodaron en mi espalda. Pegó la mejilla a mi omóplato y eso me dejó quieto.

—¿Vas a volver a casa? —preguntó con cierta ternura.

—Supongo que sí —respondí desganado.

—¿Qué vas a decirle a tu papá?

—Nada.

—Entonces seguirás huyendo.

—Ah —suspiré—. Aunque quisiera enfrentarlo, no va a escucharme.

—Es lo más probable...

—Necesito descansar, María.

—Entonces descansa aquí.

—No... yo...

—Quédate aquí —interrumpió, decidida y con cierta insistencia—. Quédate

conmigo. Quédate permanentemente.

—¿De qué estás hablando? Hace un rato dijiste que me detestas.

—Y te detesto —sus palabras se hicieron más rudas y contundentes—. Te detesto con todo lo que tengo, así que no me malentiendas. Sé que no quieres volver a tu casa, sé que no quieres ver a tu familia y yo no quiero estar sola aquí. Es solo conveniencia, piénsalo bien. Si te quedas, tengo quién cocine y tú tienes con quien acostarte. ¿No parece un buen plan?

—Suená tentador —respondí con sarcasmo.

—Al menos así ya no tendrás que esforzarte para conseguir sexo cuando estés necesitado.

—¿Ese comentario era necesario?

—¿Acaso me equivoco? ¿No me has buscado incansablemente cada que estás ebrio y caliente? —su lengua ganaba filo a cada segundo.

—Bien dicho, imbécil.

—¿Qué quieres hacer, entonces?

María dio justo en el blanco. Tenía toda la razón y lo sabía. Sentí como si el estómago se me retorciera, sabía que estaba frente a una decisión difícil, no porque fuera difícil decidir, sino porque sabía cuál era la mejor opción y no estaba seguro de querer tomarla. Si María estaba involucrada, era seguro el resultado por más que le sentido común me destrozara las entrañas. Solo respondí.

—Bien, me quedaré.